DISERTACION

LEIDA

EN LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO

EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1862 A 1863,

POR

DON SANTIAGO USOZ Y RIO,

Catedrático de Literatura Clásica Griega y Latina.



Impresa de orden de la Universidad.

SANTIAGO.

IMPRENTA DE MANUEL MIRÁS.—FRENTE Á LA UNIVERSIDAD, 11.

1862.

DISERTACION

LEIDA

EN LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO

EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1862 A 1863,

POR

DON SANTIAGO USOZ Y RIO,

Catedrático de Literatura Clásica Griega y Latina.



Impresa de órden de la Universidad.

SANTIAGO.

IMPRENTA DE MANUEL MIRÁS.—FRENTE Á LA UNIVERSIDAD, 11,

1862.

Quàm multas nobis imagines, non solùm ad intuendum, verùm etiam ad imitandum, fortissimorum virorum expressas scriptores et Græci et Latini reliquerunt?

CICER. PRO ARCH. POETA, VI.

Nec magis expressi vultus per aënea signa,
Quàm per vatis opus, mores animique virorum
Clarorum apparent.

HORAT. EPIST. L. II. *I.* v. 248.

Ilmo. Señor:

El modo mas fácil para mi de cumplir hoy con el cargo que me imponen nuestros Estatutos, es seguir, en lo posible, el curso de mis tareas acostumbradas, razonando algo acerca de la literatura antigua y de las lenguas llamadas *Clásicas*. Tiene el asunto su importancia peculiar, tiene su atractivo tambien, que en cierta manera suplirán la carencia que de ambas cosas se notáre en esta disertacion. Y ya que por obligacion ocupo este sitio en dia tan solemne, procuraré volver por la utilidad y dignidad de un estudio que muchos tienen

en poco, y que algunos quisieran excluir de nuestras escuelas. No es probable que llegue á tanto el menosprecio de los unos, ó la aversion de los otros; ni que el estudio de las que llaman con harta propiedad *lenguas sábias,* ó los ejercicios que tambien merecen el título de *letras humanas* dejen de cultivarse en ningun tiempo: pues la historia enseña que el saber de los pueblos antiguos se fué trasmitiendo de una en otra generacion, de manera que los modernos disfrutan hoy de la suma de los conocimientos acumulados por aquellos. Asi una edad es heredera de la anterior; y asi tambien los fastos literarios de un siglo interpretan ó explican el modo que tuvo de usar de este derecho hereditario, perpétuo para todo el género humano. (1) Si el tesoro de la ciencia, como el de la virtud, es don seguro para quien le estima y guarda, bien se puede creer que el afan con que los hombres doctos de todas las naciones cultivan la literatura antigua, contrarestará á los que ahora menosprecian las riquezas allegadas con indecible trabajo por los que nos precedieron. Y aunque muchos pongan en tela de juicio el valor de tan inestimables tesoros, y se estimen en poco ó nada; habrá de cumplirse, me parece, respecto de las principales obras de los antiguos, el vaticinio que algunos de ellos dejaron escrito acerca de las suyas, diciendo: «que serian mas duraderas que el mármol y el bronce.» (2) Pero si nadie puede privarnos de

este estudio, eficaz auxilio á nuestro progreso ulterior y medio ya plenamente ensayado en la cultura de nuestros mayores, es de temer que retraiga á muchos de él lo escabroso del camino por donde inevitablemente han de pasar cuantos le emprenden, ó la poca utilidad que á primera vista promete, ó los supuestos perjuicios que temen y alegan ciertos escritores modernos. Trataré pues, conforme al propósito indicado antes, DE LA UTILIDAD Y EXCELENCIA DE LA FILOLOGIA GRIEGA Y LATINA: y aprovechándome de lo que otros mas elocuentes dijeron, y siguiendo sus huellas, (3) procuraré explicar que se entiende por Filología, la utilidad de ella, y cuan infundados son los inconvenientes que se la achacan.

Así como se alteran las lenguas, se alteran tambien las palabras, de suerte que no siempre está en nuestra mano definir el sentido que en diversos tiempos reciben las voces. No obstante, repasando las obras de los antiguos donde usan ya de la voz *Philologia* y *Philólogo*, vemos que los autores principales entienden por Filologia el estudio del lenguaje, el ejercicio de hablar ó disertar sobre alguna cosa, ó el estudio y aficion á las letras. (4) Comprendia pues en su origen la Filologia, segun el sentido etimológico de la

voz, varios ramos del saber humano, entre ellos la *Filosofia;* aunque luego empezaron á distinguir una de otra ciencia, de suerte que Plotino llama *Filólogo* á Lonjino negándole el nombre de *filósofo.* (5) Posteriormente, y despues del renacimiento de las letras, se apropiaron el título de filólogos los que sin cultivar ninguna de las ciencias, que tenian ya un objeto determinado, se dedicaban enteramente á las lenguas hebrea, griega y latina, y á otras análogas; procuraban dar á luz, enmendar y explicar los escritos de los antiguos; y unas veces enseñando, otras escribiendo, aumentar ellos su propia ciencia, y mostrar á otros todo lo perteneciente á la antigüedad. Tal es la acepcion que para muchos tiene hoy esta palabra: otros quisieron sustituirla, acogiéndose al latin, con el apelativo de *literae humaniores* ó *studia humanitatis,* usado, aunque vertido al castellano, en nuestras aulas, Federico Augusto Wolf, á quien tanto debe la Filologia alemana, queria que se llamase «ciencia de la antigüedad» *antiquitatis disciplina;* pero el nombre griego me parece muy propio y autorizado por el uso de los gramáticos antiguos; el latino muy conforme á la calidad de tan nobles estudios.

Quien haya de indagar el principio de ellos, habrá de trasladarse al tiempo de las conquistas de las armas macedónicas en el Oriente; pues cuando florecia Atenas, y estaban en su auge las letras y las artes de Grecia, no se conocian. Bien se puede asegurar que antes del tiempo

de Aristóteles, cuantos inmortalizaron su nombre por el ejercicio de las primeras, como cuantos se hicieron famosos por las segundas, todos lo consiguieron con sus propias obras; ninguno juzgando, ilustrando, comentando las agenas. Mas despues que Grecia perdió su libertad, secáronse, por decirlo asi, para el genio de los Griegos, las fuentes de la invencion, y brotaron las artes Gramática, Crítica, Hermenéutica. Entonces fué cuando en Alejandria nació el importante estudio del lenguaje de los mithos, de la historia, de las antigüedades, y en suma, de cuantas partes comprende hoy la Filologia; y cuando los sábios de la corte de los Ptolomeos se dedicaron á recoger los escritos de otros que les habian precedido, á confrontarlos con nuevos ejemplares, á ordenarlos, á enmendarlos, y á ilustrarlos con el fruto de su trabajo y largas vigilias. Suetonio (6) cita entre ellos á Calímaco y á Eratóstenes, el primero que se apropió el nombre de filólogo, habiéndose antes llamado gramáticos Aristófanes Bizantino, Aristarco y otros. Por aquel tiempo florecian tambien estos estudios en Pérgamo, de donde habiéndolos llevado Crates á Roma, vinieron á ser las delicias de Marco Terencio Varron, de P. Nigidio Fígulo y de algunos mas. De los que siguieron las huellas de éstos bajo el imperio de los Césares, tan solo haré mencion de Marciano Capella, que en el siglo V compuso un libro sobre las Bodas de la Filologia y Mercurio, obra instructiva que en la edad media solian leer y explicar en las escuelas. Inútil me

parece seguir paso á paso la carrera de la Filologia: baste notar que olvidadas las letras griegas en Italia, y en otras partes, durante algunos siglos; poco apreciados, aunque mas ó menos conocidos, los autores clásicos de Roma; restaurados con el tiempo felizmente los códices griegos y latinos; propagados despues por toda Europa; leidos y releidos en los siglos XV y XVI; fueron, exceptuando la invencion de la imprenta, el descubrimiento mas importante de aquella edad y de la siguiente. Prueba de ello, entre otras que pudiera alegar, es que hasta mediado el siglo XVII, cuantos se distinguieron por las letras ó por las ciencias, salieron del gremio de la Filologia. Despues fué decreciendo la autoridad de los filólogos, y se redujo su ciencia á mas estrechos límites: lo cual, lejos de disminuir, aumentó el valor de ella; siendo naturalmente mayor la actividad de los que la cultivaban, á medida que se descubrian nuevos códices; que se desenterraban del polvo de las bibliotecas otros manuscritos de las obras ya conocidas; y segun que se les presentaban nuevos obstáculos. Esos mismos obstáculos, y la inclinacion ó disposicion de cada uno, les hicieron tomar diverso rumbo, y abrirnos los espaciosos caminos que merced á su perseverancia y acierto, podemos hoy recorrer fácilmente. Tantos son ya, tan variados y amenos, tan cultivados todos, principalmente desde el siglo pasado, por hombres de un saber omnímodo, que no es fácil señalar la jurisdiccion del filólogo; sucediéndonos tambien

ahora lo que antes á los sábios de Pérgamo y Alejandría; y lo que suele observarse en todas las ciencias y artes: sea porque al principio no acertemos á definirlas, sea mas bien porque en su mayor auge advirtamos mejor la relacion natural que tienen unas con otras, ó notemos aquel estrecho vínculo y especie de *parentesco*, á que aludia Ciceron, cuando reclamaba para su república al poeta griego, su maestro. (7) Como quiera que sea, bien se puede decir que en la edad de oro de las letras y de las ciencias, como en la edad de oro del género humano, segun lo fingen los poetas «eran (y serán) todas las cosas comunes.» (8) No me creo pues llamado á resolver esta disputa acerca de los límites de la Filologia, que si bien de suyo mas pacífica, quizá no fuese menos reñida, ni menos veces suscitada, que suelen serlo las de límites ó fronteras nacionales; pero si digo que el oficio primario del filólogo es interpretar fielmente los escritores antiguos. Esta interpretacion debe ser con el fin de aprovecharnos de uno de los medios mas ciertos de instruirnos; pues las conjeturas mas ó menos ingeniosas al depurar un códice injuriado por la mano del tiempo; ó al fijar la verdadera leccion de un escritor antiguo en tal ó cual paso; el conocimiento de las bellezas que contiene, ó la admiracion de las sentencias que encierra; serán siempre ciencia vana, si con la lectura de esos restaurados textos no alcanzamos á poseer, al mismo tiempo que las dotes del estilo, la norma de verdad y ho-

nestidad que nos enseñan. Por inútil deberemos dar nuestro trabajo, si el fruto de él es tan solo un deleitable pasatiempo, ó el renombre de eruditos.

Mas la interpretacion de los escritores antiguos es obra de largo estudio y ejercicio, pues requiere primeramente un conocimiento perfecto del arte gramática griega y latina, «con cuyo único auxilio, dice Godofredo Hermann, se nos concede penetrar en la region de aquellos pueblos que vivieron en otros siglos; trasladándonos en cierto modo á sus tiempos, y quien no reconozca cuanto vale dicha arte, errará en muchas cosas, y no se apercibirá absolutamente de otras.» (9) Compañera de la gramática ha de ser la crítica, cuya utilidad es imponderable cuando el que la ejerce une á la perspicacia del ingenio la prudencia y la práctica. Despues de ambas, es decir estudiada la lengua del escritor y supuesta la correccion y pureza del texto, tiene lugar la interpretacion; pero ésta no puede ser perfecta, ni segura, si no la acompaña el conocimiento de la antigüedad, derivado de las fuentes mismas, ó sea del estudio de los autores clásicos, y confirmado con la lectura de los modernos. Tiene, pues, el filólogo que valerse de la historia antigua, civil y literaria, para explicar todo lo perteneciente á la vida pública y privada de los Griegos y Romanos. No hay hombre que por si solo pueda recorrer el ámbito de tan inmenso campo, cuando despues de la obra de tantos siglos, su cultivo requiere todavía mu-

cho trabajo de nuestra parte y de la de nuestros sucesores.

Considerando ahora la materia de que se ocupa el filólogo se puede inferir la utilidad que hay que esperar de sus estudios.

SI el lenguaje es lo que mas nos distingue de los brutos; si es imagen del alma, espejo de la mente; si en virtud de él se comprenden, retienen, disciernen y asocian las propiedades de las cosas, y sin él andariamos como á tientas toda la vida; nadie puede negar que es sobre manera útil el estudio de aquellas lenguas, formadas y perfeccionadas por pueblos muy hábiles, y cultivadas y limadas por excelentes escritores. Al ensalzar las lenguas antiguas, no es mi ánimo despreciar ó aborrecer los monumentos que los pueblos modernos erigieron en las suyas respectivas; ni creo que nadie quiera cerrar los ojos á la luz, que hoy nos guia en la carrera de las letras y de las ciencias; y volver á aquellos tiempos en que saliendo Europa de la edad média á una nueva vida, buscaba para ella auxilio y favor en el resucitado estudio de las letras latinas primero, y despues tambien de las griegas: tiempos en que los mas doctos recelaban publicar las obras que escribian en su lengua pátria, y solo de las compuestas en latin se prometian adquirir nombre y fama; pero sin rebajar

nada el mérito de los escritores modernos, sostengo que no puede el estudio de ninguna lengua viva resarcir la falta de las antiguas. El estudio de una lengua cualquiera contribuye poderosamente á ejercitar las facultades todas del ingenio; enriqueciendo la memoria, aguzando el entendimiento, promoviendo cierta elegancia en el uso de las voces y frases; pero es preciso confesar que ninguna de las lenguas modernas tiene esta virtud en tan alto grado, como las antiguas. Y asi como no conoce bien la índole de su lengua pátria, sino el que puede compararla con otras de la misma estirpe; asi yerran á cada paso y vacilan lastimosamente, los que sin un perfecto conocimiento de la griega y latina, intentan explicar los idiomas de los pueblos latinos y germánicos: no en vano se llaman *romances* los primeros, no en valde pertenecen los segundos á pueblos relacionados por varias causas con Griegos y Romanos. Si todos nos convenciésemos de esta verdad, no dariamos por perdido para el estudio de las lenguas que hoy se hablan, y que sin duda aprendemos mas fácilmente, el tiempo empleado en las muertas; ni abusando tal vez de la fuerza del lenguaje y de la propiedad de esa denominacion, la repetirian algunos en mal sentido, para negar á las lenguas antiguas el mérito que tienen. Con ese epíteto de *muertas*, sin querer, las recomiendan; porque, como dice un filólogo, «la muerte misma engendra en ellas la inmortalidad, pues hace que exentas de la ley comun, se mantengan en su esta-

do, y no puedan ya alterarse.» (10) No se usa ahora, en efecto, el habla del Lácio, y cada vez, no diré yo si para bien ó para mal, prevalece mas la costumbre de escribir cada uno en su propia lengua, aun los que tratan de cosas tocantes á la antigüedad: y por cierto, que si Grevio, Gronovio, Fabricio y otros muchos que escribieron obras tan latas y no fáciles de traducir por esa misma extension, hubiesen hecho lo mismo, su saber no se hubiera difundido tan pronto, y cuantos nacimos fuera de su pátria careceriamos probablemente, aun hoy, de sus escritos. Pero aunque por ley ó por costumbre esté la lengua latina abolida en las escuelas, y desterrada quizá para siempre de los textos de la enseñanza pública; no debe suprimirse, ó quedar postergada en la série de nuestros estudios académicos; ni, refiriéndose á la utilidad presente, debieran tampoco considerarla estorbo á sus miras los que se educan para los cargos públicos. Pues las artes, que propiamente llaman gramaticales, tienen de comun con la Geometria, el que no solo aprovechan ya aprendidas, ó despues que se saben, sino tambien cuando se están aprendiendo. Asi que, las lenguas vivas son recomendables por su mayor facilidad; pero siempre que se trate de mas sólidos estudios, habremos de preferir las muertas; porque su dificultad contraria á la ligereza, propia de nuestros primeros años, nos acostumbra desde luego al trabajo, y á leer bien, en lugar de leer mucho. Hé ahí el fruto mas excelente de esa mayor dificultad. Por

otra parte el estudio de las lenguas griega y latina de ningun modo cierra el paso á las modernas; antes bien los mas versados en aquellas suelen aprender éstas con menos trabajo y mejor éxito.

Si tanta es la utilidad de la Gramática, no es menor la importancia de la Crítica, considerando que de los códices manuscritos, usados antes de la invencion de la imprenta, ninguno hay que por ignorancia ó por descuido, no esté plagado de erratas: ya en su tiempo se quejaban de ello los antiguos. ¿Qué hemos de pensar no sucederia despues, cuando se sacasen nuevos ejemplares de algun códice mal escrito, corroido ya, ó de cualquier otro modo corrompido y estragado; y cuándo, sin estar provistos de los conocimientos necesarios, se propusieron algunos suplir por su mano las lagunas, y reparar muchos lugares, no segun el contexto fiel de la escritura antigua, sino recomponiéndolos á su manera? Pero, ¡què detrimento para estos estudios, cuando los primeros editores, tropezando por desgracia con uno de esos viciados ejemplares, lo dieron á la estampa, y se repitieron las ediciones, ó se corrigieron sin regla fija por otros códices no mas puros! Mucho debemos por cierto á los que hoy nos dan en claras y correctas páginas el texto impreso de un escritor griego ó latino; pero mucho mas tenemos que agradecer á los primeros que enmendaron los escritos de los antiguos segun los mejores códices de la antigüedad; ó cuando no era de esperar

otro remedio, los repararon con tiento y cuidado, fundándose en prudentes conjeturas; y aun es mucho mas de apreciar el trabajo de los que ejerciendo la funcion mas alta del arte crítica, indicaron los lugares del manuscrito, interpolados ó contrahechos; y advirtieron del engaño á los lectores, para que bajo el nombre y apariencia de antigüedad no tuviesen lo falso por genuino y verdadero. La ligereza con que algunos procedieron en tales enmiendas hace que muchos desconfien de la Crítica; pero en esta arte se verifica, como en otras, el proverbio de que *la prudencia suele ser adivina;* y lo prueba el texto de varias obras, que ingeniosamente corregido por algunos sábios, fué despues confirmado por otros, cuando se descubrieron mejores códices. Por lo cual, asi como son muy reprensibles los que sin un perfecto conocimiento de las lenguas, y sin mucha práctica en leer manuscritos, se entrometen en corregirlos; echando á volar inútiles conjeturas sobre ciertos lugares que no entienden, ó que se oponen á sus opiniones y comentarios; y los que, sin miramiento, ni respeto alguno, quieren vender á otros, por verdadero y cierto, lo que ellos ni por verdadero tienen; asi tambien son muy de admirar y de estimar los trabajos de otros, sábios y verdaderos críticos, cuyas enmiendas fueron (podemos decir) el último y mas sazonado fruto de una larga y continua experiencia.

Quede pues sentado, que el estudio de la gramática, de la crítica y de las antigüedades es

de suyo utilísimo, por ser uno de los mas liberales ó propios del ingenio; pero es ademas necesario para conocer los escritores antiguos; porque las traducciones no expresan perfectamente las obras originales. Ya dijo Cervantes que son como tapices flamencos vueltos del revés: y si él lo entendia asi hablando de la correspondencia entre las lenguas vivas, ó de las traducciones del toscano, tan comunes en su tiempo, con mucha mas razon se puede decir de la correspondencia entre las lenguas muertas y las vivas. En general tienen aquellas una contextura muy diversa de la que observamos en éstas; pero ademas tenian los antiguos un modo tan poético de expresar las cosas, que á veces en las letras ó sílabas de una sola voz, nos muestran, al parecer, una série de imágenes, como si nos trasladaran á uno de sus pórticos, con varias figuras decorado; y no hay arte ó maña que alcance á traducir esas voces en otras equivalentes. Refiriéndose á las versiones del griego, notan algunos que se parecen al original, como un mapa topográfico á una pintura del lugar representado: la pintura representa los rios, selvas, montes, con cierta imágen y semejanza de la realidad; el mapa no los expresa, los señala con algunas líneas, puntos ó sombras, que por sí nada significan. (11) Si en lo que expresa el cincel ó el pincel, nadie se contenta con la copia, sino á falta del original, bien se comprende que en lo que expresan las palabras, no satisfaga la traduccion á quien desea conocer la

mente del escritor. Estas y otras comparaciones que sugieren las artes que imitan á la naturaleza, prueban á lo menos cuan difícil es la de traducir. De algo sirve sin duda la version de aquellos escritores, que solo leemos para estudiar la materia de que tratan, aunque requiere siempre un talento natural y una instruccion mayores de lo que vulgarmente se cree; pero bien se puede decir que las demas traducciones son tan imperfectas, que ni trasladan la verdadera imágen del autor, ni conservan tampoco la gracia propia del idioma en que se hacen; pues si la version es literal, á buen seguro violará la propiedad y el génio de la lengua en que se hizo, y si es libre no será otra cosa que mera imitacion. Creo escusado alegar ejemplos cuando basta un mediano conocimiento en cualquier lengua estraña para persuadirnos de esta verdad: harto nos la demuestran de niños los ejercicios del aula, y de grandes, nuestros ocios literarios. Tanto dista la mejor interpretacion de la forma y substancia que atraen y contentan á los que entienden la obra original, que siendo muchos los que gustan de leer y releer los escritos originales de los antiguos, á penas hay quien lea una sola vez sin tedio, desde el principio hasta el fin, un poema ó una arenga de regular extension traducidos á cualquier de las lenguas vulgares. Asi, cierto intérprete de la Musa homérica, al llegar al paso de la despedida de Hector y Andrómaca, que el poeta describe con inimitable naturalidad, conociéndose él incapaz de traducirle, advirtió al

márgen á sus autores que aprendiesen la lengua griega, y quemasen su traduccion. (12) Ignoro si le seria mas fácil trasladar á su idioma las palabras de Antiloco al anunciar á Aquiles la muerte de Patroclo, que Quintiliano cita como ejemplo perfecto de brevedad y energia; ó conservar la elocuencia patética de Priamo, al pedir el cadáver de su hijo; y en fin, por no ir tan lejos, los versos del primer libro de la *Iliada*, que contienen la imprecacion del sacerdote Apolo. Tampoco es fácil expresar en ninguna de las lenguas modernas, la variedad de los epítetos con que el poeta distingue el carácter de sus héroes, Aquiles, Hector, Diomedes, Ayax, Telamon y Patroclo, *todos valerosos y todos de distinta graduacion en el valor*. (13) Ademas, si aun los poetas griegos y latinos no siempre acertaron á imitar la modulacion del exámetro homérico, ¿cuánto no perderemos por esto solo en cualquier traduccion? Wolf, disertando sobre esta materia, reconoce la dificultad de traducir á Homero; Heyne, anotador de Virgilio, encarece la de interpretar á éste; y lo mismo dicen de otros poetas varios escritores modernos. Uno, á quien poco ha atajó la muerte, mientras proseguia sus investigaciones filológicas en Grecia, pondera la riqueza de las lenguas antiguas y hermanas de la griega, respecto de las vivas: (14) yo acomodando ahora un verso de la Odisea me atrevo á decir que el dialecto homérico, ó cualquiera otro de los griegos, trasladado y sujeto á la condicion de las lenguas modernas, pierde, «como

el cautivo, la mitad de su virtud y fuerza.» (15)

Pero aun conviniendo en que sean necesarias las lenguas antiguas para conocer los escritores antiguos; poca ó ninguna utilidad, dicen muchos, podemos hoy prometernos de la lectura de los autores griegos ó romanos; porque los tiempos que ellos describen son muy remotos, y los usos á que se refieren muy agenos de los nuestros: por otra parte los autores que llaman Clásicos, alimentan un deseo inmoderado de libertad; corrompen las buenas costumbres con el lenguaje que á veces usan, y las alusiones obscenas que contienen; y en fin, habiendo ellos sido gentiles, nos imbuyen en el falso culto de unos Dioses imaginarios, y no pueden menos de convertir á algunos en incrédulos y escépticos.

TAN graves cargos son éstos; y tanto pueden pesar en el ánimo de los timoratos y de los mas escrupulosos, que temo no acertar á rebatirlos, demostrando la conexion que en muchas cosas tenemos todavía con los pueblos antiguos, y la moralidad de los escritores griegos y romanos; como creo haber realzado la ponderada inutilidad de leerlos y el supuesto perjuicio de estudiarlos. A ser cierta esta imputacion contra los pueblos de la antigüedad, en vano seria decir, como repetimos á cada paso, que de ellos dimanan las fuentes todas de las ciencias y de las artes, y

que el estudio de las letras griegas y latinas contribuye poderosamente á cultivar el entendimiento: pues, que podriamos esperar, ó mas bien, que no deberiamos temer de tales maestros y de tan perversa sabiduría? ¿Para entenderlos, habiamos de perder años enteros en el árido estudio de la Gramática, y en registrar los fólios de sus diccionarios?

Si la solemnidad presente no me retrajese de toda sutileza, pudiera para rebatir el primer cargo, aplicar en sentido inverso la regla que fingia Horacio, reprobando ese modo de apreciar á los autores por la edad en que escribieron, ó «por los años.» (16) A ese tenor, dia por dia, pudiéramos excluir de la literatura española á Cervantes y á Lope de Vega, y tal vez á los Iriartes y Moratines; si la circunstancia de haber nacido en nuestro suelo no los eximiese de tal regla. Largo espacio de tiempo medió sin duda entre la edad de los antiguos griegos y romanos, y el principio del siglo anterior; y sin embargo la cultura de éste dimanó en gran parte de aquella fuente, como lo acreditan las buenas ediciones de los autores antiguos hechas entonces, las muchas traducciones latinas de los griegos, publicadas en la misma época, y las importantes obras filológicas de varios sábios y de las primeras Academias. Es una verdad probada, que en la edad media las naciones de Europa debieron su poco ó mucho saber, casi exclusivamente, á las obras de los antiguos, que mas ó menos

leidas, nunca fueron de todo punto olvidadas; consta asi mismo que la Filologia tuvo muchísima parte, tal vez la principal, en el mundo de la ciencia entonces conocido, ó en el plan de las primeras Universidades; y en fin que en los siglos XIV y XV, era ya tanta la importancia que le daban, que sin ella nadie lograba distinguirse en ciencia alguna. Bien sé que muchos creen no ser ya tan necesarias las Humanidades, por el nuevo incremento que recibieron otros estudios y por estar hoy las lenguas vivas mas cultivadas; y que para algunos, el apogeo á que las Humanidades llegaron (sobre todo en el siglo XVI) es cabalmente una razon para aborrecerlas, y ensalzar los estudios de otros siglos. Pero, sin examinar yo ahora los fundamentos de esa opinion; sin empeñarme en un discurso abstracto, superior á mis fuerzas y ageno á mi propósito; juzgo prudente que se conserven unos estudios que la historia acredita nunca fueron despreciados sin grave detrimento para las demas ciencias. Tampoco puede decirse que los usos de aquellos pueblos sean agenos de los nuestros; pues la instruccion y cultura de los Romanos dependió en gran parte de la griega, y la nuestra depende en muchas cosas de la romana. Por donde quiera, vemos vestigios ó señales de los Romanos; en las leyes, en las instituciones públicas, en el lenguaje comun, oral y escrito, en la literatura; y aun en la vida privada, observamos costumbres que pasan por nuevas, y que nos trasmitieron los antiguos. Nadie dirá que los Ingleses y los Húnga-

ros, por ejemplo, sean poco apegados á las suyas. ó demasiado propensos á las agenas; y sin embargo consta que en Inglaterra, así los que han de profesar las letras ó las ciencias, como los que han de ocupar los primeros puestos de la nobleza, ó los altos cargos del gobierno, emplean no pocos años en el estudio de la Gramática, y en leer los autores griegos y latinos; y aun no dan por perdido el tiempo que requiere la traduccion inversa de ambos idiomas al suyo, asi en prosa como en verso: pues, aunque tenga algo de paradoja. la experiencia enseña que el dificil ejercicio de trasladar unos versos de Dante, de Camoens, ó de Milton, á exámetros ó yámbicos griegos ó latinos, sirve despues para corregir el texto de los códices, ó juzgar mejor de sus variantes. En Hungria, tanto en los seminarios eclesiásticos, como en los colegios civiles, establecidos para las carreras públicas, una de ellas la diplomática, aprenden las lenguas antiguas, no solo para interpretar los autores; sino tambien para el mas dificil ejercicio de hablar y escribir. De la aficion y tareas filológicas de los Alemanes, Franceses é Italianos, y de otras naciones ó pueblos, hablen las bibliotecas, si callan, ó cesan en esta labor, las imprentas de Europa y América. Atendido el comercio literario, que media hoy entre todas las naciones, no creo que estos nombres, aunque exóticos, suenen como enteramente extraños á nuestros oidos, ó que sea inoportuno citarlos, cuando tratamos de comparar usos y costumbres; pero si hubiese de ce-

ñirme á España, diria que no es nueva, ni peregrina entre nosotros, la aficion á esta clase de estudios; y que justamente cuando menos dispuestos estabamos á imitar á nadie, mejor nos aveniamos con los antiguos Griegos y Romanos. Antes y despues, el plan establecido en nuestras escuelas, la erudicion de nuestros filólogos, sus escritos didácticos, sus traducciones, y la edicion de los libros griegos y latinos, que en Madrid, Valencia, Barcelona y otros puntos de España vieron la luz pública desde los primeros tiempos de la imprenta hasta los últimos años del siglo pasado; (17) nuestros estudios, en suma, y nuestros institutos literarios, prueban la mucha parte que las letras hebreas, griegas y latinas tuvieron siempre en la cultura española. Casi desierto está hoy el pátio trilingüe de Salamanca, olvidado el de Alcalá, desmantelada y sin libros la que fué su biblioteca, pero aun existe en otras muchas, públicas y privadas, la primera *Biblia Polyglotta*, que impresa allí bajo los auspicios del Cardenal Jimenez de Cisneros, sin perdonar gastos ni trabajo en el acópio de manuscritos, se acabó muy al principio del siglo XVI. Apenas mentamos ya como filólogo á Fr. Luis de Leon, mártir por algun tiempo de esta clase de estudios; ni á Francisco Sanchez de las Brozas, ni á Nebrija, ni á Vergara; pero la version del Cantar de los Cantares, de la primera Olimpica de Píndaro (18) y de otras varias obras que escribió el primero; la Minerva del segundo; y el Arte gramática latina y griega de los últimos, se leen todavía fue-

ra de España. Y ¿será de temer acaso que por el atractivo de las lenguas muertas descuidemos las que hablamos, y lleguen algunos á escribir en latin mejor que en el idioma pátrio? Todo lo contrario nos demuestran los escritores propios y extraños que en todos tiempos estudiaron y ejercitaron las lenguas antiguas, ó imitaron su frase. Por no acumular ejemplos citaré solo tres de los españoles: el Bachiller Fernando de Rojas, el P. Juan de Mariana, y Fr. Luis de Granada. La frase del primero es tan castellana y tan arrimada, como buena hija, á su madre la latina, que prescindiendo de las voces hoy desusadas, las demas están de modo construidas, que muy poco difieren del habla menos corrompida de Castilla. A lo menos, nadie que estudie el libro de Rojas, podrá dudar que es norma de puro y castizo lenguaje. De Mariana solo recordaré que antes de publicar la Historia de España en castellano, la escribió en latin; y por mucho que ambas obras se parezcan y revelen al mismo autor, si la latina le acreditó de humanista consumado, la española corresponde fielmente á la índole de la frase castellana: asi es que en las Colecciones didácticas nunca falta alguna de sus arengas ó parte de su narracion. Esto por lo que tiene de castiza: es ademas notable la fuerza y vigor con que á veces pinta lo que refiere, en muy pocas palabras. No siendo yo de los pocos que en nuestros dias logran eximirse de la mestiza frase usada ahora dentro y fuera de España, y distando mucho mi lenguaje de esos y otros modelos,

no me está bien insistir en tales ejemplos; pero no puedo menos de citar entre otros, que alegaria si el tiempo y la memoria me ayudasen, la relacion del lamentable caso, ocurrido en los campos de Montiel, muy mediado ya al siglo XIV, entre dos hermanos, Rey el uno, Bastardo el otro. ¿A cuántos de nuestros poetas dramáticos, que los retratan, no pudieran inspirar, ó no habrán inspirado quizá, las cortas y graves sentencias del insigne jesuita, á quien unos comparan con Salustio, y otros apellidan Tácito español? A Fr. Luis de Granada no le elogiaré yo ahora, porque ni me toca, ni puedo hacerlo en pocas palabras. Si es cierto que la *Guia de Pecadores* y el *Símbolo de la Fé* se leerán mientras se hable la lengua castellana, y se alegarán mientras no se pierda el arte retórica; tambien lo es, que su estilo se conforma con el de Ciceron; así en la manera de decir, como en la estructura de los períodos. De los escritores extraños, cuya lengua no sea tan latina de origen, no falta quien enriqueció su germánico idioma leyendo de continuo á Teofrasto, Plauto y Terencio; quien imitó, como nuestro Granada, á Ciceron, llegando á adquirir en su habla una copia y facilidad verdaderamente tuliana; y quien ajustó su frase al estilo de Tácito. (19) Por no omitir á nuestros vecinos de Portugal y Francia, añadiré, que de los primeros las Luisiadas no se podrán ajustar á la regla épica de la Iliada ú Odisea, ó de la Eneida; pero bien se acercan, en cuanto al estilo, á los ejemplares

antiguos: de los segundos citaré á Montaigne, que tenia predileccion por Plutarco y Séneca; á Rabelais, que alude en sus obras á Griegos y Latinos; á Moliere que tradujo no poco de ellos; á Racine, Corneille, Bossuet, Fenelon, que los estudiaron é imitaron mas ó menos. Pero, si nada pierden las lenguas modernas por ajustarse á la latina, tampoco desmerecerán por allegarse á la griega; pues ademas de ser ésta fuente principal de aquella; tiene todavía mucha parte en las que hoy se hablan, por haber sido una de las mas extendidas, y en su tiempo la mas cultivada. Bastarian para esto las conquistas de Alejandro, y la recíproca entre Griegos y Latinos; acabada de un modo por los ejércitos de Roma, y realizada de otro, no menos glorioso, por las ciencias y artes de Grecia: (20) mas las Colonias establecidas mucho antes por los Griegos en diversas partes; la preponderancia de los Césares bizantinos, durante algunos siglos; y la dispersion de los prófugos de Constantinopla, que mediado el XV, propagaron su lengua como lengua viva, contribuyeron no poco á que se introdujesen en las modernas muchas voces y aun locuciones griegas. Asi lo reconoce Juan de Valdes de la nuestra castellana, en su Diálogo de la Lengua. (21)

En cuanto al segundo cargo, no definiendo antes las palabras, no es posible inculpar ni defender á los antiguos: bien sea que nos traslademos á los siglos medios, ordinario refugio de

sus acusadores, bien que nos atengamos á los siguientes, en cualquier pueblo que haya cultivado medianamente su lengua, hallaremos quien alabe y defienda las leyes de su pátria. Estimaban los Griegos y Romanos la libertad, y mucho la ensalzan en sus obras los autores clásicos; pero la querian establecida por las leyes, no agitada por los furores de la plebe: aborrecian, es cierto, la injusta dominacion de los que aun hoy designamos con un nombre griego; pero dejaban salvo su derecho á los que legitimamente obtenian el mando; fuese uno, fuesen varios, ó fuese el pueblo todo: y aunque en sus escritos no disimulan los vicios de su repùblica, nunca provocan á rebelion. Ni las obras que nos quedan de los Griegos, ni las que tenemos de los Romanos, dicen otra cosa; y aunque á estos desde el crimen de Tarquinio, les fuese odioso el nombre de rey, no hay uno solo de los escritores latinos, que se muestre enemigo del sosiego público. Ahi están, si bien no íntegros, los libros *De Legibus* y *De Re Publica* de Ciceron, con los comentarios ó argumentos escritos, no ya por sus contemporáneos, sino por alguno de los primeros oradores cristianos que le explica é imita, (22) y por varios críticos modernos que vivieron ó viven bajo muy diversas leyes: ninguno acusa á M. Tulio de revolvedor ó sedicioso. Ahi están tambien las arengas en que mas ocasion tuvo de invocar ó encarecer la libertad, las de la acusacion contra Verres y las filípicas: ahi están sus epistolas, sobre todo las dirigidas despues

de la batalla de Farsalia á los dispersos ó desterrados partidarios de Pompeyo, y las que escribió despues de los Idus de Marzo. ¿Podrá nadie ofenderse de que al referir el atroz suplicio de Gavio, repita el orador tantas veces el nombre Romano, y apóstrofe á las leyes y á la libertad de Roma? ¿Tendrá alguien á demasía, ó á mero artificio retórico, perjudicial hoy, aquellos tristísimos pormenores, que si ya no nos conmueven, bastarian por sí solos para darnos una altísima idea de las dotes de M. Tulio? ¿Qué mucho, que Ciceron, despues de aconsejar á unos y á otros la paz y el olvido de las discordias pasadas, abogase tambien por la libertad pública en la segunda Filípica, si hubo antes, quien mostrando al pueblo la ensangrentada túnica de César; quiso convertir los lamentos en furor y en incendio? porque allí se hable de cierta diadema ofrecida por uno, rechazada por otro, ¿vamos ahora á convertirnos todos en Brutos y Casios? (23) De las epístolas de Ciceron suelen andar en manos de los jóvenes algunas de las familiares; pero no creo que las demas contengan semillas que puedan pervertirlos, inclinándolos á la desobediencia ó á la sedicion. El estilo cortado y la franqueza en hablar, que tan bien sienta á la epístola, realza la verdad histórica, y por lo tanto, la utilidad presente de estos escritos de Ciceron. *Epistola enim non erubescit*, dice el mismo: (24) lo cual pudiera definir en pocas palabras el mérito de todas sus epístolas; asi de las que se refieren á la vida civil, como

de las que atañen á la doméstica. Si prestasen argumentos para acusarle, habriamos de buscarlos, sobre todo, ó en las citadas antes, ó en las dirigidas á Atico: pero no los hay; y aunque no á todos contente el retrato que él hizo de sí mismo, al escribirlas, mas bien tropezamos á cada paso con sentencias morales muy conformes con las que nos trasmite en sus obras filosóficas. (25) El título de «padre de la pátria, segundo fundador de Roma» que le daban algunos de sus contemporáneos, y que quizá no desmienta la historia, podrá parecernos hoy hiperbólico; pero prueba á lo menos la mucha parte que tuvo Ciceron en los sucesos de su tiempo, y da á entender la índole de sus principales escritos: lo cual basta para que sea ejemplo adecuado al caso presente. Por la misma razon lo será entre los oradores griegos Demóstenes; pero las Filípicas, la célebre *De Corona* que algunos consideran como oracion fúnebre por la extinguida libertad de Atenas y de Grecia; (26) y las pronunciadas sobre causas públicas; no son otra cosa que una defensa de las leyes áticas, una impugnacion del bando macedónico, y una declamacion siempre enérgica sobre el asunto. Ademas, la misma libertad con que los antiguos escribian nos convida á leer los oradores é historiadores; pues si algun defecto tenia la democracia ática; no le ocultan por cierto Demóstenes y Lisias en sus oraciones, Tucídides en su historia, ó Aristófanes en sus comedias: ni nadie tampoco pinta mejor que T. Livio las contiendas que media—

ban entre los senadores y la plebe romana. Y si no hemos de leer á éste, porque á pesar de sus Décadas perdidas, contiene mucho todavía de los tiempos de la República, ni tampoco á Tácito y á Juvenal, porque dejan mal parada la memoria de algunos Césares; ¿habremos de preferir otros escritores que bajamente los adulan? Sin necesidad de alegar mas ejemplos, bien se comprende que teniendo muchos de los autores antiguos no poca experiencia del gobierno de su pátria, cuando se dedicaban á escribir, no pudieron menos de referirse al pro comun, y recomendar á un mismo tiempo la libertad civil y la observancia de las leyes. No habiendo inconveniente, como creo, en que los jóvenes estudien la elocuencia griega y romana, nacida y ejercida principalmente en la plaza, menos puede haberle en que reciten los versos de Virgilio y Horacio, amigos y protegidos de Augusto y Mecenas. ¿Y excluiremos de nuestros textos académicos la Iliada y la Odisea? Nadie, que aprecie en algo estos poemas, aprobará que su estudio se reserve á la edad viril, y que los jóvenes queden como huérfanos de un autor á quien Justiniano en sus Pandectas llama «padre de toda virtud.» Pero, aun prescindiendo de esa y de otras autoridades, me parece que sin leer á Homero no es fácil completar la parte principal de nuestra enseñanza secundaria, ó sea, el estudio de la Retórica y Poética, de la Mitologia y de la Historia. Quien haya de demostrar las vicisitudes de los pueblos primitivos, ó de aludir á ciertos usos y costum-

bres, refrescando, ya las nociones de historia sagrada, ya las de historia profana, tendrá que valerse del texto de Homero, ó referirse á él por lo que otros digan. Aunque no son una misma cosa los Héroes y los Patriarcas, ni iguales tampoco «el Rey de los hombres» (segun aquel le titula) y el Rey de Israel ó de Judá, es indudable que el conocimiento mas simple de la Fábula, de la Historia y de la Geografía, queda muy imperfecto si nos privamos de tal auxilio. Por otra parte, las preeminencias que el poeta griego atribuye á sus Príncipes, y las alabanzas que de ellos hace en boca de los cantores, ó *cedreros,* (27) introducidos en sus obras, no son ejemplos que puedan torcer nuestros hábitos. Mas bien puede aplicarse á la poesía homérica lo que Plutarco dice de la Poesía ó Poética en general, á saber: que «conduce á los umbrales de la Filosofía á quien de buena gana se familiariza con ella.» Nada pues hay que temer para la tranquilidad pública de las naciones modernas, porque leamos asiduamente los autores clásicos antigüos; aunque alguna vez la hayan turbado, ó puedan turbarla, hombres que cultivasen (quizá no mucho) en sus primeros años las letras griegas y latinas: ese mal es tan ageno de la Filología, como lo es de otras ciencias ó artes el abuso que se haga de ellas.

El tercer capítulo de la acusacion contra los escritores antiguos es que su lectura puede corromper las buenas costumbres. Por mi parte no

niego que algunos de ellos no tuvieron reparo en escribir cosas que la honestidad y la decencia vedan y han vedado siempre que se escriban; pero sostengo que el número de los que tan mal emplearon sus enceradas tablas y pergaminos, es muy corto, comparado con el de los buenos y castos. Ignoro lo que seria si hubieran llegado á nosotros todos los escritos de los Griegos y Romanos; solo diré que de los existentes tal vez no sean tantos los que se deban tachar por ese defecto, como los que haya iguales en cualquiera de las naciones modernas. Si pudieramos repetir en unos y en otros el escrutinio literario, que tan bien finge el mas célebre de los escritores españoles, dudo cual sería el resultado. Entre tanto no es de aprobar el asunto de ciertos dramas modernos, y de no pocas historias fingidas ó novelas. Por otra parte, aunque los anales literarios nombren á algunos depravados humanistas que en su tiempo fueron insignes por sus perversas costumbres; ó hablen de ciertos príncipes, no menos corrompidos, que convirtieron sus palacios en Ateneos de las Musas griegas y latinas; tales ejemplos no bastan para conceder que los errores y los vicios de unos y de otros dimanasen de su instruccion ó aficion á las letras: lo único que prueban es, que el estudio de éstas no puede por si solo enderezar y corregir las malas ó aviesas inclinaciones, y que para andar derechamente el camino de la vida necesitamos de otro mejor auxilio y de mas seguros preceptos; esto es, de una luz «que res-

plandece en la oscuridad y que la oscuridad no comprende.» (28) El modo pues de conservar ilesas las costumbres no es prohibir el estudio de los autores clásicos, ó reducirlo á estrechos límites, en corto tiempo y textos mutilados, por la via acelerada, que reprobó hace dos siglos uno de los hombres mas profundos en materia de enseñanza: (29) lo que aconseja la prudencia, respecto á los antiguos, es elegir de sus escritos los graves y serios, en vez de los eróticos y obscenos; y poner en manos de los jóvenes, sino obras completas, las páginas suficientes para conócer el autor que se haya de estudiar; mezclando en esto, como en otras cosas, la instruccion con el deleite, lo útil con lo dulce y agradable, segun nos enseña el mas práctico de los poetas latinos, (30) y es regla cierta tanto para leer, como para escribir. Asi conviene que se haga, sobre todo, en la primera edad en que el hombre «es de cera para inclinarse al vicio:» (31) despues, los años y los estudios le fortifican, y permiten completar sin peligros su instruccion con los demas autores, ó con la parte de ellos antes omitida. Pero entre los clásicos griegos y latinos abundan los buenos; y de casi todos ellos podemos prometernos el fruto, que refiriéndose á solo M. T. Ciceron decia Erasmo haber sacado de leer y releer sus obras, y de familiarizarse con ellas, que fué: «depurar su estilo de toda escoria, moderar los afectos desordenados del ánimo, recrear su mente, y vivir consigo mejor que antes.» (32) Por ser autor

español, no puedo menos de citar á Quintiliano, que asimismo propone á Ciceron, como ejemplo que debemos seguir; y aunque con otro fin, viene á corroborar el parecer de Erasmo, en este punto no fácil de demostrar con razones. (33)

Queda por responder el último y mas grave artículo de la acriminacion contra los escritores antiguos; y su importancia es tanta que si fuese cierto deberia obligarnos á excluir enteramente los autores clásicos griegos y latinos; ó á leerlos solo en edad madura y experta. Esta queja ó imputacion no es nueva, ó producida solo ahora; pues ya desde los primeros siglos de la Iglesia la alegaron algunos, y despues la repitieron otros en diverso lenguaje, y valiéndose de diversos medios y argumentos, segun la diferencia de los tiempos. No es única ó singular tampoco, porque tambien se dijo que el estudio de la lengua hebrea era judaico, ó judaizantes los que le cultivaban. Pero hoy, que tales dichos no prevalecen; aunque se repitan con esas ó con otras palabras; nada hay que temer de la aficion á los autores griegos y latinos de la antigüedad; pues sus mithos no nos han de seducir hasta el punto de tomarlos en sentido literal. Aun los que puedan contemplar el celaje del Olimpo, mirando allí, como diria nuestro Garcilaso,

«. . . . . las nubes coloradas
«al trasmontar del sol bordadas de oro» (34)

no han de imaginar que reina Jove en la cima, con toda la muchedumbre de Dioses y de Diosas. Algo de eso, ó cosa parecida, podian temer en los primeros siglos de nuestra era; en que los Cristianos, recien convertidos, se veian rodeados, por todas partes, de aras y templos de los falsos númenes: en estos tiempos, ese temor no cabe en buena razon. Y si lo que se teme es otra cosa; quiero decir, si se achaca á los antiguos el origen de ciertos vicios que ahora nos aquejan, y que, ó son peculiares de los modernos, ó tienen su raiz en el corazon humano; entonces habremos de hacer un nuevo recuento de los principales escritores griegos y latinos, para defenderlos; y añadir otros nombres á los ya citados. Los que se hallen en el caso de leer las obras de unos y otros, comparándolas con otras análogas de los modernos, podrán juzgar: entre tanto, muchos de los presentes, avezados sin duda á valerse de la Filosofia antigua, siquiera como de una criada, ó sierva, de la Ciencia que profesan, saben muy bien que los libros griegos y latinos contienen muchos principios, enteramente conformes con la Teologia natural, y con las Ciencias morales todas, segun se enseñan hoy en nuestras escuelas. Aun los no dedicados á esos estudios sabemos que las sentencias de los filósofos griegos, desacreditaron el culto que la multitud pagana daba á sus Dioses, y contribuyeron á destruirle: por lo tanto, no diré yo que ayudasen; pero sí que abrieron ó allanaron el camino á los defensores del Evan-

gelio. Excusado será, pues, enumerar ahora los capítulos ó lugares donde tratan con acierto de la sabiduría y justicia de Dios, del origen del hombre, de la inmortalidad de las almas; y donde tan bien explican lo que toca á las virtudes y vicios, á las pasiones humanas y á los deberes ú *oficios*. Basta recomendar en general, de los Griegos los diálogos de Platon y de Jenofonte, y la Etica de Aristóteles: de los Latinos á M. Tulio, que interpretó y explicó á aquellos, logrando al fin lo que él deseaba, enriquecer su lengua, de modo que fuese noble instrumento de la Filosofía; y comunicar á los suyos «el don mayor ó mejor, que (segun ellos) dieron los Dioses al hombre.» (35) Bueno fuera que, á lo menos en cuanto al lenguaje, imitasen á Ciceron muchos de los que ahora escriben de Filosofía, y tomasen de la antigua las voces y locuciones mas propias; no por autorizadas, sino por ser algunas mas significativas y menos expuestas al abuso, que las modernas. Y en cuanto á doctrina; no creo que los que hubiesen de estudiar la Metafísica de hoy, perdiesen nada por recordar antes que existen aun los escritos originales de Platon, y que á ninguno ceden en profundidad, copia y elegancia. Siguiendo por este órden sus estudios, acaso (no lo aseguraré) se hallasen dos veces, ó imaginasen estar, bajo el pórtico de Atenas, ó en medio de los jardines de la Academia. Otros que principalmente investiguen las fuentes de la Historia eclesiástica, «no temerian repetir para su uso las obras antiguas,» como dijo uno de sus

comentadores y PP. latinos; (36) ni olvidarian que S. Basilio Magno escribió y dedicó á los jóvenes un libro sobre la utilidad de los escritores griegos. La historia literaria, de cualquier modo que se escriba, no desmentirá sin duda, que éste, S, Juan Crisóstomo, los dos Gregorios, el Nacianceno y el de Nisa, Tertuliano, Lactancio, S. Agustin, S. Gerónimo y otros; leian, traducian, comentaban y se aprovechaban de los autores clásicos griegos y romanos. Asi lo dan á entender citándolos á menudo; y á eso aluden los títulos que distinguen á algunos de ellos. No porque detestasen las fábulas gentílicas, dejan de alegar á los poetas antiguos, de manera que es indudable habian estudiado sus obras: como se conoce tambien por su diferente estilo, que algunos siguieron la Filosofia platónica; mientras otros se ejercitaron en el arte de Demóstenes ó Ciceron. Finalmente, acerca de los escritores antiguos, como acerca de los modernos, el juicio y dictámen mas cierto es siempre el de aquellos que por espacio de muchos años, ó toda su vida, se aplicaron á interpretar y comparar las palabras y sentencias de unos y otros; y en ese caso se halla respecto á los Griegos, y aun á los Látinos, el autor del inapreciable Tesoro de la Lengua griega, Henrique Stephano. Quien lea las primeras páginas del prólogo de su obra, no podrá dudar del peso de su autoridad; y quien la aprecie en lo que vale, alegará ese y otros tesoros, con que cuenta hoy la Literatura griega y latina, en prueba del saber de los pueblos antiguos, y

como razon suficiente para no excluir á ninguno de sus autores.

De lo dicho hasta aquí, aunque no tan bien, ni tan plenamente demostrado, como yo desearia, se infiere la utilidad de las lenguas antiguas y de la Literatura clásica. Permitiéndome ahora, por esta vez, anticipar un solo dia el oficio de maestro, aconsejaré á cuantos hayan de emprender, ó proseguir la carrera de las Letras ó de las Ciencias, que se provean de los conocimientos indispensables para leer los libros de los antiguos; pues todos los estudios cultivados en nuestras escuelas tienen en aquellos un auxilio poderoso, y en muchos casos necesario.

En virtud de este auxilio podrá el Teólogo consultar el texto hebreo y griego de la Biblia, y entender mejor sus expositores, la version canónica y el lenguaje mismo de la Ciencia que va á aprender. Podrá el Legista acudir á las fuentes del Derecho, romanas principalmente, pero tambien griegas; pues los Códigos griegos y la parte que de sus comentarios queda, contienen cosas que no hay en los latinos; y que sus autores tuvieron que explicar á los naturales de Grecia, por ser estos extraños á los usos y costumbres de Roma: ademas, despues de la irrupcion de los Godos en Italia, la escuela principal

de Jurisprudencia estuvo en Constantinopla, y Justiniano y los jurisconsultos de quienes entonces se valió, usaron por necesidad de la lengua del pueblo, que era la griega, para sancionar ciertas leyes. Si en tiempo de Accursio y otros, hubiesen podido leer lo que estaba escrito en griego, se hubieran entendido mejor desde luego muchas leyes, y evitado no pocas glosas, que en vez de aclarar, las oscurecieron, y extraviaron á muchos. Aun prescindiendo del lenguaje de los comentadores, que es, como su ciencia, casi latino, no creo que los códigos modernos sean tan perfectos que estén ya por demas los antiguos; ó que el nuestro de las Partidas, y otros semejantes, se interpreten bien sin los romanos: pero á lo menos el título de una de las principales obras de Aristóteles y Ciceron da á entender que en ella y en otras varias de Griegos y Latinos, pueden los Legistas hallar los *Tópicos*, ó sean, los fundamentos de muchas leyes. El origen, por ejemplo, de la severísima contra el parricidio nadie le explica mejor que M. Tulio en una de sus oraciones. (37) Asimismo las tres de la Ley Agraria, la de Abastos y alguna de las de Demóstenes, (38) por lo mucho que ilustran la economía pública de Roma y de Atenas; como tambien Tucídides, Herodoto y los poetas cómicos y satíricos, prestan á la Historia materiales no despreciables: pues lo que á ella pertenece no está solo en los libros que conocemos con ese nombre griego; sino tambien en los oradores y aun poetas: y de todos puede decirse lo que

de si dijo Ciceron á Ático, advirtiéndole que le escribia «no alabanzas propias, sino hechos históricos.» (39)

En todos los pueblos y en todos tiempos hay una estrecha relacion entre la Política y las Letras; pero aun era mayor, si cabe, esa relacion en Grecia y Roma; sobre todo en la primera; porque el Estado se fundaba en la educacion, y cada ciudad ó república no era otra cosa que «una maestra de la vida» (ese nombre daban algunos á Atenas) una escuela ó palestra de las costumbres; y pública era tambien la vida de la mayor parte de sus habitantes. Por eso no van descaminados los que consideran la Ciropedia como historia general de los Estados griegos, mas bien que como particular de Ciro. Pero este conocimiento de las lenguas es, sobre todo, indispensable á los que especialmente se dedican á la Literatura; no solo para interpretar los autores, segun queda dicho, sino para usar de la historia y crítica literaria; pues ambas se apoyan en los escritos originales de aquellos. Así, por ejemplo, casi las únicas noticias, que tenemos, pertenecientes á la vida de Homero, son algunas conjeturas fundadas en ciertos pasos de sus poemas: el lugar y el año del nacimiento de Horacio, su educacion, sus cargos militares y civiles, su amistad con Augusto y Mecenas, y el propósito de algunas de sus obras, se sabe fijamente por tal ó cual oda, sátira, ó epístola de las que él escribió. Otro tanto diremos de ciertas églogas

de Virgilio; y lo mismo pudiéramos observar de otros autores latinos ó griegos. Tampoco puede fundarse solo en obras didácticas, ó habrá de ser muy imperfecto, el juicio que hagamos de cualquier autor, poeta ó prosista, en cuanto al asunto y materia de sus escritos: porque la esencia y fuerza de la frase, el colorido, si puede decirse así, de la elocucion, que á veces se nota solamente en la fuerza y acepcion de las palabras, se mezcla y confunde con el habla del escritor, de modo que no puede separarse de ella, ni expresarse en otra lengua ó en otro estilo. Ademas, asi como la Literatura griega y latina tienen entre si íntima conexion, aun en las obras mas originales de ésta; asi tambien la Literatura moderna de cualquiera de los pueblos de Europa, en todo, aun en la parte mas peculiar de nuestros estudios, depende de la antigua. ¿Qué idea hemos de tener de la epopeya, del epígrama antiguo y moderno, ó de la unidad dramática, tan disputada en nuestros dias, si no conocemos á fondo la Iliada; si no leimos el tan ponderado epitafio de los que murieron en las Termópilas, ó los breves poemas de Marcial; y si no entendemos á Sófocles? No despreciando ninguno de los materiales que ahora poseemos, es como se echa de ver esa dependencia; y aprovechándolos todos, no solo se nos presentan como hermanas, ó auxiliar una de otra, la lengua griega y la latina; sino relacionadas ambas con la hebrea, de cierta manera, en lo tocante á la Literatura. (40) No es esta la ocasion de demostrarlo, ó de averiguar el influjo,

que pudiesen tener los Hebreos sobre sus señores los Romanos, cuando algunos de ellos se establecieron en Italia; y antes, sobre los Egipcios, durante su cautiverio: tampoco es fácil determinar, si algunos filósofos griegos, comunicándose con Egipto, recogerian allí algo, aunque desfigurado, de los libros de los Judíos: pero consta que en Palestina se reunieron Hebreos, Griegos y Romanos, hasta el punto de hablarse las tres lenguas; y se sabe tambien que recibidos en el Lácio muchos de los dispersos Israelitas, comenzaron los Romanos á mirar á sus cautivos con cierta curiosidad, segun se iban desvaneciendo las primeras impresiones de la degradacion y esclavitud; tanto que ya en tiempo de Ovidio, (41) varias de las principales Romanas concurrian á la Sinagoga, ó fiestas de los *Judios siros*. A ello alude Horacio en una de sus sátiras; (42) y Juvenal, al fin del primer siglo, muestra su indignacion, porque segun parece, tambien los hombres asistian á la fiesta del Sábado: (43) ademas, Séneca, refiriéndose á los Judios, dice que «los vencidos dieron leyes á los vencedores.» (44) Por no ser molesto, no insistiré en este punto tan esencial; basta indicarlo, para dar á entender la conexion que media entre estas ramas de la Filologia.

Respecto á los que siguen las Ciencias físicas, tomada esta voz en el sentido mas lato, claro es que la lectura de los libros antiguos no suple á la observacion de la naturaleza: ni Aristóteles

ó Teofrasto, ni Lucrecio ó Plinio, enseñan lo que demuestran hoy los experimentos, la análisis química y la anatomia práctica; ni lo que se haya de aprender con el compas ó el telescopio y con la investigacion botánica ó geológica: pero si á esos nombres añadimos el de Hipócrates, Galeno, Aretæo, Celso, Euclides y algunos otros, suponiendo que sus obras se interpreten bien, algo valdrán no solo para la historia de la ciencia; sino para adquirir muchos conocimientos que ellos poseyeron ya, y que nos trasmiten en un lenguaje mas propio y mas preciso, que el usado ahora; y por lo tanto mas fácil de retener. La celebridad de los aforismos de Hipócrates, tantas veces traducidos y comentados, la constancia con que en muchas escuelas de Europa usan todavía de los Elementos geométricos de Euclides, trasladados á varias lenguas; y el haberse publicado en Paris, y en este mismo año, una traduccion francesa de la Física de Aristóteles, por un socio de aquel Instituto, (45) demuestra á mi ver, que no deben olvidarse éstas, y otras obras, de los antiguos; y que no me propaso al recomendarlas. Aun los que rebajan su mérito, ó las tienen ya por inútiles, conocen cuanto importa conservar, y entender, la nomenclatura griega y latina, recibida en las Ciencias lógicas y matemáticas, como decian los antiguos; morales y físicas, como decimos ahora.

No siendo esa nomenclatura fácil de sustituir, obliga á algunos á estudiar las lenguas antiguas; pero aun sin estimarla en mucho, ó proponién-

donos un fin mas alto en todos nuestros ejercicios; debemos tener por cierto que «los escritores griegos y latinos, al expresar la imágen de los varones esclarecidos de su tiempo, refiriendo los hechos, pintando los pensamientos, descubriendo los designios y notando las sentencias de ellos, nos dejaron á todos, muchos ejemplos que contemplar y aunque imitar;» y no pocos que pueden servir hoy de norma á la vida, de luz á nuestra mente. (46)

HE DICHO.



NOTAS.

Est enim benignum, ut arbitror, et plenum ingenui pudoris, fateri per quos profeceris,....

PLIN. *Hist. Nat. L. I. T. Vespas.*

(1) E. Scriptis Es. Tegneri capita excerpta ab Andr. Frigell Upsalæ 1861.

(2) Hor. Od. L. III. 30. Thuc. I. 22.

(3) F. C. G. Boot. Orat. De Perpetua Philolog. Dignit. Amstelodami, 1851. Adhort, ad stud. serm. Lat. Amst. 1858. H. Steph. Thes. Gr. Linguæ. Præf. edit. Lond. 1816—1821. H. N. Coler. Introd.

(4) Phrynichi Eclog. Nomin. et Verb. Attic. Aug. Lobeck. Lipsiæ 1820.

(5) Porph. vita Plot. 14.

(6) De Grammat. illustr. 10.

(7) Cic. Pro Arch. I.

(8) Cerv. D. Quij. I. 10.

(9) Præfat. ad Vol. I. Act. Societ. Gr. p. XVI.

(10) Mosh. in præf. ad Nolten. Lex. antibarb. ed. tertia p. 18.

(11) V. la obra cit. n. 1.

(12) Stolberg. V. Boot, p. 22.

(13) Analisis del Quij. 41. Ed. de la Acad. 1782.

(14) Müller Hist. de la Lit. Gr. I. 2.

(15) Hom. Od. XVII. v. 522.

(16) Hor. Epist. L. II. I. v. 48.

(17) V. los Catál. de la Imp. Nac. y de las antiguas de Sancha, Cano y Orga.

(18) V. Dissert. Inaug. Jos. Hamm. Berolini 1846.

(19) Lessing. Wieland. Hooft. Cf. Boot, p. 24.

(20) Hor. Epist. L. II. i. v. 156.

(21) Diálogo de la Lengua, reimpr. conforme al MS. de la Bibl. Nac. Madrid 1860. Public. por primera vez a. 1737 por D. Gr. Mayans.

(22) Lactan. S. Agust. V. la ed. de Cic. por J. A. Ern. Car. F. A. Nobbe. Lips. 1827.

(23) Cf. C. XXXIV. p. 129. Philipp. Seg. public. corr. y anot. por J. E. B. Mayor, M. A. Cambrigia 1861.

(24) Ep. ad Div. V. xii.

(25) Ep. ad Div. VI. xxi.

(26) Grote Hist. XII. p. 393. Cf. Hist. de la Lit. Gr. continuada por Donaldson.

(27) De *cedra ó citara*. Vease sobre esta voz á Sanchez P. anter. al siglo XV. T. 2. p. 89.

(28) S. Juan C. I. v. 5.

(29) Bacon. Nov. Organ. L. I. 80.

(30) Hor. Art. Poet. v. 343.

(31) Id. v. 163.

(32) Er. Epist. ad J. Vlatt. in J. C. Scal. ep. ed. Tusc. Disp. adjecta.

(33) Quint. Inst. L. X i.

(34) Egloga I.

(35) Cic. Acad. Post. L. I. ii.

(36) S. Aug. Doctr. Christ. II. 40 § 60.

(37) Pro Sex. Rosc. Amer. c. 25—26.

(38) Cf. Symmoriæ.

(39) Ep. ad Attic. I. xix.

(40) Tordedi, De Præst. et Utilit. Ling. Græcæ. Compostellæ 1821.

(41) Art. Am. L. I. v. 76.

(42) Sat. L. I. ix. v. 69.

(43) Juv. Sat. XIV. v. 96.

(44) Sen. apud Aug. De Civit. Dei L. VI. C. xi.

(45) Phys. d' Arist. trad. par J. Barthelemy Saint Hilaire. Paris 1862.

(46) V. Cic. y Hor. pág. 4. de esta Disert.

ERRATAS PRINCIPALES.

Págs.	*Líneas.*	*Dice.*	*Léase.*
6	6	tambien	tan bien
7	16	la achacan.	le achacan.
8	4	Filólogo	filólogo
9	14	Ptolomeos	Ptolemeos
11	13	lo fingen	la fingen
11	19	pero si	pero sí
16	16	y cuando	cuando
17	30	continua	continuada
19	17	cualquier	cualquiera
19	28	cualquier	cualquiera
20	1	autores	lectores
20	10 y 11	Apolo	de Apolo
20	19 y 20	cualquier	cualquiera
24	26	esta	esa
27	29 y 30	Luisiadas	Lusiadas
33	21	los estudios	el estudio
35	22	peligros	peligro
46	8	aunque	aun que